

EL TIEMPO DE LA CULTURA ESCRITA. A MODO DE INTRODUCCIÓN

Antonio CASTILLO GÓMEZ

Tablilla de cera, pergamino o papel; desde el momento en que, con esos objetos, pudo fijarse el pulso del tiempo en el rescoldo de lo escrito, se inicia un ilimitado territorio de la experiencia y la memoria.

Emilio Lledó¹

I

Si nos atenemos al número de títulos publicados en las dos últimas décadas o a las iniciativas académicas y culturales que han tenido su reclamo en el mundo de la escritura y del libro, podría afirmarse que los estudios sobre historia de la cultura escrita gozan de buena salud. Como objeto de reflexión, debate e investigación hasta puede que atraviesen por uno de sus momentos más fértiles. Indudablemente todo ello ha tenido mucho que ver con las inquietudes despertadas por la entrada en un mundo donde se empiezan a percibir transformaciones importantes y paralelas en las técnicas de producción de la escritura, en los soportes de su difusión y en las modalidades de su apropiación. Nos hallamos en el camino sin retorno a las redes digitales y estas necesariamente implican otros modos de relacionarse con la materia escrita e incluso puede que nuevos e importantes desarrollos para la cultura del texto.

¹ E. Lledó: «Lenguaje y memoria», en *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*, Madrid: Taurus, 1998, p. 166.

Pero antes de que esas expectativas se concreten en determinadas situaciones y prácticas de escritura y de lectura, el debate en torno a estas cuestiones tiene mucho que ver con cierto desamparo introducido por la anunciada desaparición de las referencias habituales, de los gestos heredados y de las convenciones aceptadas, en definitiva, con las vacilaciones predicadas respecto a los lugares, las maneras y los gestos que han regido la inscripción y la recepción de los textos, el escribir y el leer, durante la cultura tipográfica. No voy a entrar ahora en los pormenores de un rico debate suscitado en torno a argumentos tales como el futuro de la escritura, la desaparición del autor o el porvenir de la lectura, sino más bien en la conveniencia de situar y contextualizar tales polémicas en el dilatado devenir de la historia, donde las mismas adquieren otra dimensión y otro sentido. En ella ciertas prácticas aparentemente novedosas muestran significativas concomitancias con algunas del pasado y otras, por el contrario, se presentan radicalmente innovadoras.

Sin embargo, en el ciclo de la vida, el período cubierto por el tiempo de la cultura escrita no pasa de ser el fragmento de una página apenas iniciada. Poco más de 5000 años frente a los 90000 que lleva a sus espaldas la especie humana. En términos de navegación, una cómoda expedición de cabotaje pilotada, además, por una tripulación mínima y casi hereditaria. Así es, en cuanto aventura de una competencia social habitualmente monopolizada por determinadas élites políticas, administrativas y culturales, la historia del escrito es la de una tecnología de comunicación socialmente limitada. Con los vaivenes propios de cada uno de los puertos de la ruta, en gran medida ese ha sido el rumbo que ha seguido la nave de la escritura. Nacida como un signo negado y restringido a una minoría —inicialmente la de los escribas del Próximo Oriente Antiguo—, ha sido tan sólo en los dos últimos siglos cuando en realidad se ha internado por la senda de su democratización y extensión social. Y esto, claro está, siempre que lo consideremos en el ámbito del llamado mundo occidental. Distinto, por supuesto, es el panorama que persiste en muchos de los países en vías de desarrollo y, sobre todo, subdesarrollados, donde las tasas de analfabetismo siguen ancladas en valores porcentuales similares a los de la Europa del Antiguo Régimen.

Naturalmente, la razón de esta restricción social se entiende mejor cuando nos acercamos al concepto y a la función de la cultura escrita en las distintas sociedades históricas. Comprendemos entonces que, por ejemplo, la limitada alfabetización del Antiguo Oriente o de la Europa altomedieval es inseparable del carácter sagrado atribuido a lo escrito, ya que fue esa condición divina la que, junto a otros ingredientes de orden político y social, determinó la general inaccesibilidad

del signo (del conocimiento, de la sabiduría) y su administración tutelada por una casta, fuera la de los escribas o la de los sacerdotes, que sí estaban facultados para acceder al interior de ese tabernáculo. Por el contrario, un contenido más profano y laico de la cultura escrita, como el que esta tuvo en el mundo grecorromano o en la Baja Edad Media europea, contribuye a entender tanto el repertorio más variado de los usos y significaciones dados a la escritura como la diversificación de las tipologías librarias y lectoras. De igual modo que la mayor alfabetización de la Europa contemporánea corre paralela a la extensión de la escuela pública y a los discursos políticos que han popularizado el papel del libro y de la lectura, donde destaca muy singularmente el empeño del movimiento obrero y de las ideologías anarquista, comunista y socialista por la educación y la alfabetización de los trabajadores, como la intervención del movimiento feminista en la equiparación, también cultural, de las mujeres respecto a los varones.

Al someterlos al prisma de la larga duración, es indiscutible que los avatares de la cultura escrita manifiestan la innegable incidencia de la clase y del género en el reparto social de las capacidades de su conocimiento y uso. En tal sentido, es inexcusable llamar la atención sobre los condicionamientos que tanto la desigualdad social como las discriminaciones de etnia y género han impuesto respecto a las posibilidades sociales de acceder a la alfabetización y de poner en práctica las competencias adquiridas. En principio podría pensarse que recorrer los caminos de la escritura tiene mucho de historia de élites en cuanto que durante bastante tiempo sólo ciertas capillas de gentes pudieron emplearla; sin embargo, tales prejuicios se desvanecen al considerar las amplias ramificaciones de lo escrito y las dilatadas consecuencias de la razón gráfica, incluso en entornos analfabetos. Entonces la historia social de la cultura escrita se configura como una aventura científica empeñada en desvelar la batalla librada por los más para acceder al *santuario* de unos signos y unos textos que durante siglos estuvieron custodiados por el ojo vigilante de los *sacerdotes* de la escritura. De tal modo que si, por un lado, la actividad gráfica ha despertado los celos reglamentistas de las clases dominantes, por otro, la reivindicación social del derecho a escribir y leer puede ser considerada como un medio de liberación respecto al poder establecido en cada momento. Así lo que nació como una expedición minoritaria y reducida a un puñado de funciones, se ha ido convirtiendo en una razón fundamental dentro de la lucha por la emancipación social y sexual.²

² Para no reiterarme en los argumentos que ya he expuesto en otro lugar, me remito, como complemento de esta introducción, a mi trabajo: «Del signo negado al signo virtual. Cambios y permanencias en la historia social de la cultura escrita», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 6, 1999, pp. 113-143.

Obviamente el sentido y alcance de las prácticas de la escritura y de la lectura, históricamente consideradas, dependen mucho de las condiciones sociales de su posibilidad y, en consecuencia, de la situación de la cultura escrita en el compendio de las formas de la comunicación social. Por lo tanto, su estudio no puede prescindir de ponerla en relación con otros sistemas comunicativos que, en determinados períodos, en ciertas situaciones y en algunas sociedades, han sido incluso más importantes que la escritura. Esta no se puede entender al margen de sus vínculos e interacciones con esos otros lenguajes, particularmente el oral y visual. Sin embargo, también es evidente que, desde el momento de su descubrimiento, la escritura introduce sus propias particularidades en los procesos de comunicación y de organización social, de ahí que sea preciso desvelar sus potencialidades para generar nuevos modos de pensar y construir el mundo, ejercer el poder o articular las relaciones humanas. Comporta una lógica específica que, como nos ha enseñado el antropólogo Jack Goody, es preciso desmenuzar en toda la gama de sus implicaciones políticas, normativas, económicas, religiosas o culturales.

Mediante la fijación escrita, las creencias religiosas, las leyes sociales, las cuentas del palacio o del mercader, la memoria personal o la reflexión intelectual trascienden el estricto momento de su producción y se inscriben en un tiempo más largo, el de la Historia. Merced al concurso de la escritura, la palabra hablada se materializa de manera que puede ser apropiada en otro momento y en otro lugar, en el espacio receptivo de la ausencia, allí donde mejor opera la comunicación escrita. Por eso mismo, cuando Hammurabi dispuso que sus leyes fueran grabadas en una piedra de basalto no solamente estaba pensando en la divulgación de las mismas entre sus súbditos, sino también en la perpetuación *ad futurum* de sus palabras y de él mismo a través de ellas.

La aproximación a la historia de la cultura escrita que planteamos en esta obra se interesa por la misma en lo que tiene de tecnología y producción cultural al servicio de las respectivas sociedades. Nada que ver con los planteamientos exclusivamente lingüísticos ni con otras exploraciones circunscritas a la epidermis gráfica. Por ello, en vez de considerar la evolución de la escritura como si fuera tan sólo un sistema autónomo de signos, la perspectiva adoptada trata de desvelar las consecuencias sociales y culturales de la entrada en el mundo de lo escrito. De igual manera que, según Spinoza, el sentido del lenguaje hay que sacarlo del uso dado a las palabras; la utilidad de la cultura escrita debe extraerse del entramado de funciones que ha desempeñado a lo largo del tiempo y de la materialidad de

sus productos. Se trata, en suma, de hurgar en la lógica de los discursos, de las prácticas y de las representaciones desde las primicias cuneiformes y jeroglíficas de las antiguas civilizaciones próximo-orientales hasta los comienzos de su desmaterialización en la pantalla de un ordenador.

La escritura, en fin, sin los añadidos literarios o intelectuales que siempre han despertado el interés de otras disciplinas, sólo por el valor que tiene en sí misma. Ese que vio en ella Azouz Begag, *el niño del Chaâba*, criado en el arrabal de una gran ciudad francesa (como podría serlo de cualquier otro lugar), cuando asistía a la escuela, o su padre cuando le dijo a él y a su hermano que prefería que se aplicaran en el estudio mientras él iba a la fábrica: «Me mataré trabajando si es necesario, pero no quiero que seáis lo que soy yo, un pobre trabajador».³

II

Dos son, en definitiva, las coordenadas que organizan los estudios recabados para este volumen: la escritura y la lectura, lo que puede englobarse bajo el término de historia de la cultura escrita. Pero, ¿qué podemos entender por esta? Anticipo que no se trata de registrar ninguna patente ni de monopolizar ninguna denominación. En todo caso, de definir un espacio científico para que no se confunda con la indiscriminada amalgama de las elaboraciones puramente descriptivas tan comunes a las tradicionales disciplinas de lo escrito. Sin que haya que renunciar, todo lo contrario, a las enseñanzas que reporta la erudición positivista, la historia de la cultura escrita se define por el alcance de sus enunciados y por la interdisciplinariedad de un método que debe buscar las alianzas con cuantos saberes tienen su objeto en el estudio de la escritura. Una propuesta, en consecuencia, que viene a superar la distinción convencional entre la historia de la escritura, por un lado, y la historia del libro y de la lectura, por otro, para hacerlas converger en un espacio común: el de la historia social de la cultura escrita, cuyo cometido sería el estudio de la producción, difusión, uso y conservación de los objetos escritos, cualquiera que sea su concreta materialidad —del documento oficial a la carta privada— o soporte —de la tablilla de arcilla a la pantalla electrónica—. Lo que se pretende es desvelar cada uno de los lugares, maneras y gestos que históricamente han regido las relaciones entre el mundo del texto y el mundo de los usuarios, fueran,

³ Azouz Begag: *El niño del Chaâba*, Barcelona: Ediciones del Bronce, 2001, p. 18.

estos, escribanos, lectores habituales, gentes de letras, oidores de piezas leídas en alta voz, escribientes inexpertos o consumidores de pliegos de cordel.

Tras unas etapas en las que imperaba calcular el número de personas capaces o no de firmar un determinado documento, de un lado, o la cantidad de libros impresos o poseídos, de otro, el momento actual de la historia social de la cultura escrita está determinado por tres conceptos claves: los discursos, las prácticas y las representaciones. De un lado interesa conocer lo que la escritura ha supuesto para las distintas sociedades y, dentro de estas, para las diferentes clases sociales. De otro es preciso indagar en las concretas maneras de escribir y de leer, y en las prácticas a que han dado lugar (desde la escritura oficial a la personal, desde la inscripción al diario, desde el manuscrito iluminado al libro de bolsillo, desde el códice al *e-book*, desde la lectura en alta voz a la silenciosa, desde la de gabinete a la de plaza, y así sucesivamente). Y, además, deben contemplarse también las varias imágenes, artísticas y literarias, que cada sociedad ha elaborado de los productos escritos, ya que las mismas pueden reflejar una cierta realidad o bien una determinada mentalidad.

Cualquiera que sea la perspectiva adoptada, si hay algo que singulariza la historia de la cultura escrita respecto a otras formas de hacer la historia, en especial respecto a la historia cultural, eso es la importancia otorgada a la materialidad de los objetos escritos. No ya para describirlos técnicamente, como suelen hacer la paleografía o la diplomática, cuanto para captar la relación que existe entre las estrategias materiales y las apropiaciones. En otras palabras, para desmenuzar por qué «el análisis morfológico de los productos de la cultura escrita permite reconocer las posibilidades (o los límites) que la forma material de inscripción de los discursos propone (o impone) en el proceso mismo de la construcción del sentido».⁴ En el territorio donde nos movemos, es indiscutible que los testimonios escritos responden habitualmente a una determinada concepción del poder y de la sociedad, y en cuanto tal fueron producidos con fines muy claros y conforme a reglas bien precisas, del mismo modo que su consumo y apropiación tampoco se puede sustraer de la presentación material que adopta cada texto.

A la postre, las experiencias finales de escritura o de lectura serán el resultado de la tensión entre los discursos imperantes y las estrategias adoptadas, por un lado, y las tácticas desplegadas en el momento de la recepción, por el otro. Esta perspectiva, que coloca en el primer plano al sujeto escribiente o lector, trata de

⁴ Roger Chartier y Jean Hébrard: «Prólogo: morfología e historia de la cultura escrita», en Armando Petrucci: *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona: Gedisa, 1999, p. 12.

interpretar la dialéctica que se establece entre las constricciones sugeridas por los discursos referentes a la cultura escrita y las capacidades individuales para acomodarse a ellos o ponerlos en solfa. Un juego de contrastes desde el que se comprenden mejor las experiencias de lectura y de escritura de las clases populares o de las mujeres, consumadas casi siempre como superación de los criterios de orden social y patriarcal que han reglamentado los procesos de alfabetización y de instrucción a lo largo del tiempo. La norma es inseparable de la eventualidad de transgredirla conforme testimonian los muchos escribientes y lectores furtivos, de uno y otro sexo, de una y otra clase social, de una y otra etnia, que en la historia han sido. Sujetos, productores o consumidores de cultura escrita, que fueron despreciados por la manía de cuantificar y que ahora asoman la cabeza al socaire de una investigación que valoriza más el estudio de las prácticas.

En cuanto una forma más de hacer historia, la de la cultura escrita no puede plantearse al margen de las respectivas sociedades que la han producido y utilizado. Sin partir de una asociación unívoca entre los niveles culturales y sociales, como era propio de cierta historiografía de los años sesenta y setenta, hoy sobradamente cuestionada por los estudios de historia cultural; tampoco se puede objetar que la pertenencia a una u otra clase social, lo mismo que a uno u otro sexo, o a una u otra etnia, han sido condiciones decisivas en las mayores o menores posibilidades de acceso y disfrute de la cultura escrita. Por ello, aunque sea a título personal, considero que sigue siendo válido reclamar, en la línea sostenida por Armando Petrucci, una «visión sustancialmente marxiana de la indagación histórica, que enlaza la reconstrucción de las prácticas culturales con la división en clases de la sociedad, la distribución de las capacidades para producir y usar los testimonios escritos con el dominio y con las elecciones de las clases dominantes, las reglas que determinan el funcionamiento de los mecanismos y de las instituciones de conservación de lo escrito con estrategias precisas de carácter político».⁵ Es decir, una historia que necesariamente tiene que ser problemática y problematizadora, que esté atenta a las tensiones y a las rupturas que han marcado el acontecer histórico, y, según lo veo yo, que no permanezca de brazos cruzados ante el «trabajo de lima, que muchos profesionales de la historiografía han emprendido durante los últimos tiempos para dejar romas la mayoría de las aristas que produjo la lucha entre las clases sociales en otros tiempos».⁶

⁵ Armando Petrucci: «Posfascio», en Id.: *Alfabetismo, escritura, sociedad*, o. cit., p. 300.

⁶ Francisco Fernández Buey: «Marxismo e historia hoy», en *Problemas actuales de la Historia: Terceras Jornadas de Estudios Históricos*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1993, p. 214.

III

Quede claro que estas últimas impresiones no tienen por qué ser compartidas por los autores que han colaborado en este volumen. Nos ha unido, sin embargo, la común convicción del importante papel desempeñado por la cultura escrita a lo largo de la historia, y la necesidad de estudiarlo en referencia a las distintas sociedades que se han ido sucediendo a lo largo de ella. Sin duda una tarea amplia y compleja, de ahí que la hayamos abordado tratando de recuperar algunas de las instantáneas que mejor ilustran las tendencias generales de esa trayectoria. Aunque esta se extiende por las áreas y épocas culturales que han conformado el llamado mundo occidental, regido por la escritura alfabética, primero griega y luego latina, me ha parecido conveniente incluir un primer capítulo para situar el alba misma de la civilización escrita, cuando esta empezó a tomar carta de naturaleza como lógica al servicio de las sociedades del Próximo Oriente Antiguo. Es cierto que, si hablamos de comunicación humana, incluso nos podríamos haber remontado a los primeros signos grabados o pintados en los abrigos y cuevas prehistóricas; pero, por lo que se sabe, estos todavía no representaban un sistema formalizado y completo de comunicación escrita, algo que sí es perceptible en las escrituras cuneiforme y jeroglífica. De hecho parece que fue en las tierras de Mesopotamia y Egipto donde se consumó el paso desde la escritura pictográfica a otra basada en la identificación entre la representación y lo representado.

Al hilo de ello pergeñé un plan estructurado en dos partes: la primera, de carácter diacrónico, integrada por una serie de estudios donde se aborda la realidad de la cultura escrita en las épocas que jalonan su recorrido desde las primeras civilizaciones de la escritura hasta la sociedad informatizada de nuestros días; y la segunda, pensada para tratar algún problema de índole medular, caso de las relaciones entre la mujer y la cultura escrita vistas desde la perspectiva introducida por los estudios de género. Así mismo, a diferencia de otras obras, esta puede distinguirse también por dos aspectos presentes en cada capítulo. Por un lado, porque se ha querido superar la tradicional separación entre la historia de la escritura y la historia de la lectura, tratando así de abonar el campo nuevo de la historia de la cultura escrita. Y por otro, por la atención otorgada, dentro de un contexto generalmente europeo, a los testimonios de la península ibérica, habitualmente preteridos en otras historias del escrito y de la lectura.

Con todo estoy seguro de que muchos aspectos se han quedado en el tintero y de que otros tantos apenas han sido esbozados, pero compartirán conmigo la di-

ficultad que entrañaba resumir en un ramillete de páginas los avatares de la cultura escrita en cada una de las edades que marcan el ritmo de su historia. Para llevarlo a puerto he contado con un puñado de estudiosos, algunos reputados especialistas en la materia y otros más jóvenes en estas lides, provenientes de distintas áreas y departamentos universitarios. Unos más afinados en las líneas abiertas por la «nueva paleografía», otros historiadores *in sensu stricto*, algunos expertos en la historia de la educación, sin olvidarnos de la aportación tan necesaria de la historia del género. Con ello he buscado que un determinado objeto de estudio fuera visto desde la mirada plural que proporcionan distintas disciplinas. Ya sé que también se podrían haber sumado algunas aportaciones de la antropología o de cierta filología comprometida con la difusión y apropiación de los textos; pero entiendo que los enfoques aquí congregados son suficientes y representativos, y sus autores demuestran conocer mucho de lo que se cuece en otros ámbitos de la investigación. Por más que adscritos a concretas «áreas de conocimiento», según manda la rígida y un tanto fosilizada estructura académica, las cuestiones que abordan y el modo en que proceden revelan la vivacidad y las muchas aristas de un espacio en vías de construcción. Desde esta perspectiva tampoco se puede negar que esta obra tiene algo de ensayo, pues, de hecho, ha querido situarse en terreno aún raro y arriesgado, el de «las tentativas orientadas a ensamblar, dentro de una historia de larga duración, los diferentes soportes del escrito y las diversas prácticas que lo producen o apropian», al decir de Roger Chartier.⁷

De ahí mi agradecimiento a los respectivos autores por haber aceptado el reto, al que añado otro por la confianza que han depositado en mí a pesar del largo tiempo que ha llevado la preparación de esta obra. El lector debe saber que la idea surgió en el ya lejano 1996 como una propuesta de dossier monográfico para uno de los números de *Indagación. Revista de Historia y Arte*, publicada en la Universidad de Alcalá por la asociación del mismo nombre y la delegación de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras. Distintas razones que no vienen al caso, y que los autores concernidos conocen sobradamente, fueron retrasando esta publicación, a la vez que dejaron ver que los textos preparados superaban con creces las dimensiones iniciales y bien podían constituirse en un libro colectivo: este que ahora ve la luz varios años después, aunque también es justo reconocer que los autores han tenido la oportunidad de actualizar sus textos.

⁷ Roger Chartier: «Avant-propos. Lire pour écrire, écrire pour lire», en *Lesen und Schreiben in Europa, 1500-1900. Vergleichende Perspektiven. Perspectives comparées. Perpective comparate*, eds. Alfred Messerli y Roger Chartier, Basilea: Schwabe, 2000, p. 10.

Entendí que era necesario embarcarse en el proyecto al vivir en mis propias carnes la perplejidad y sorpresa, amén de los escollos, de mis alumnas y alumnos de la asignatura de «Historia de la cultura escrita» cuando cada año me oyen hablar de esta y comprueban que no existe un texto de apoyo —el socorrido *manual*— al que acudir para sofocar parte de las interrogaciones y dudas despertadas al hilo de mis explicaciones. Por supuesto que la bibliografía sobre estas materias ha crecido en los últimos años, pero aún es escasa en cuanto a síntesis o compendios generales. Baste mencionar que cuando empezamos a trabajar en este libro todavía no se habían traducido al castellano ni la *Historia de la lectura en el mundo occidental* (1998), coordinada por Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, ni la *Historia y poderes del escrito* (1999), de Henri-Jean Martin, como sigue sin estarlo al día de hoy la obra de Harvey J. Graff sobre historia de la alfabetización, *The legacies of Literacy. Continuities and Contradictions in Western Culture and Society* (1987). Además, algunas de estas son tratados de rigurosa investigación antes que manuales dirigidos a los estudiantes universitarios y, por extensión, a un público general. Digamos que esto es lo que justifica el procedimiento seguido en los distintos capítulos de este volumen, formados por un ensayo donde se repasan los aspectos principales de la cultura escrita en cada momento, sendos apéndices de textos e imágenes, seleccionados con el objetivo de mostrar testimonios concretos de las cuestiones analizadas, y una bibliografía complementaria para profundizar en la materia. Fuera de esto, mis indicaciones se ciñeron a la necesidad de dotar de una cierta homogeneidad formal al conjunto de las contribuciones, buscando que las mismas abordaran y resumieran lo fundamental de las funciones y prácticas de la cultura escrita en cada una de las épocas o problemas considerados.

A la postre, lo que surgió como proyecto en un marco académico con el objeto de aliviar los quebraderos de cabeza de los estudiantes que se acercan, ya sea por obligación o por gusto, al campo de la cultura escrita y han de bregar con los derroteros de esta, tampoco renuncia al encuentro con cuantas personas se sientan atraídas por estas cuitas, con aquellas que puedan reconocerse en lo que Eliseo Verón ha llamado los lectores eclécticos, es decir, quienes «tienen una curiosidad inagotable», «oponen su práctica a la lectura “utilitaria”» y hacen de ella «una búsqueda de placer y entretenimiento».⁸ A la par que una ocasión de conocimiento. De lograrlo habría que pensar que el tema interesa a más público que el que formamos las restringidas camarillas universitarias y con ello se habría da-

⁸ Eliseo Verón: *Esto no es un libro*, Barcelona: Gedisa, 1999, p. 66.

do la vuelta a la conocida diatriba del ingenioso don Quijote contra «algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria» (II, XXII). La suerte está echada.